

Presentación

Para los historiadores españoles, y más si son medievalistas, hablar o pensar sobre la obra del profesor Claudio Sánchez-Albornoz y Menduïña es, a menudo, una exigencia de la propia conciencia profesional y un medio de contrastar nuestra misma identidad como investigadores y profesores de Historia de España. El ha sido, entre nosotros, uno de esos clásicos señeros que hacían exclamar al maestro Bernardo de Chartres, a comienzos del siglo XII: «Somos como enanos sentados sobre los hombros de gigantes. Vemos más cosas que los antiguos y más lejanas, es cierto, pero no por la penetración de nuestra vista o por nuestra mayor talla, sino porque nos levantan con su altura gigantesca.» Y disfrutábamos en España todos de él, como de patrimonio inestimable, aunque con el Océano de por medio durante muchos años, acordés los más, casi siempre, y discrepantes algunos, a veces, con sus manifestaciones, que nacían siempre cargadas de una sinceridad apasionada.

Quiero añadir, en honor a la verdad, que me conté mucho más entre los primeros, a pesar de la notable distancia que imponen medio siglo de distancia en la vida, unos saberes más escasos por mi parte, y distintas experiencias personales y culturales. Pero no podría sentir de otra manera con respecto a un hombre que declaraba tener «sangre de historiador» y que defendía, y lo hará siempre a través de sus escritos, que «España hay que hacerla con la verdad, no con la mentira; con la verdad de la Historia», que se declaraba católico, liberal y demócrata, cosas todas en verdad difíciles de ser, y que comprendía la necesidad del cambio inteligente en nuestro país, como garantía de paz y conservación en un futuro sin lugar para los desgarrones terribles que él presencié y padeció, puesto que Sánchez-Albornoz ha sido actor y su vida entera parte y testimonio de la historia

española en nuestro siglo, desde la crisis de la Restauración hasta el establecimiento del actual régimen constitucional. Pero de todo esto él mismo ha escrito bien y suficiente. Ni siquiera me parecería oportuno comentar ahora su *Mi Testamento histórico-político* (Madrid, 1975) o su *De mi anecdotario político* (Buenos Aires, 1972. Barcelona, 1976), ni tampoco su propia actividad política durante nuestra Segunda República. Deseo sólo escribir sobre el historiador, sin duda alguna uno de los mayores historiadores que ha tenido España en nuestro siglo, aunque haya pasado cuarenta y siete años fuera del país, físicamente, se entiende, porque era de los que sabían llevar a España en el corazón y defenderla con la inteligencia sin hacer de menos por ello al país de su residencia, la República Argentina, su segunda patria como el mismo gustaba de llamarla.

Su larga carrera profesional fue un testimonio de genialidad sostenida: Doctor en Historia en 1914, miembro del Cuerpo Facultativo de Archiveros en 1916, catedrático de Historia de España en la Universidad de Barcelona desde 1918 y en la de Madrid a partir de 1920 como sucesor de su maestro don Eduardo de Hinojosa. Fue fundador del *Anuario de Historia del Derecho Español* en 1924¹ y miembro de la Academia de la Historia en 1925, a los treinta y dos años de edad. Ni su incorporación a la vida política durante la República ni los sucesos de la guerra civil española bastaron para romper una trayectoria profesional que consiguió recomponer y continuar en el exilio, primero en la Universidad de Burdeos, entre 1937 y 1940, y después en Argentina, en la de Mendoza, e, inmediatamente, en la de Buenos Aires, a partir de 1942, donde se dotó para su trabajo una cátedra y un Instituto anexo de Historia de España y donde Sánchez-Albornoz creó su segunda gran revista, los *Cuadernos de Historia de España*, también hoy viva, como el Instituto, testigos los dos de su trabajo inmenso como embajador de la cultura y de la historia españolas en una empresa que no tiene parangón —en el plano institucional universitario— en ningún otro país de América, por lo que promover siempre su mantenimiento debiera ser honor de todos nosotros y señal de lucidez mental colectiva.

En España y en Argentina creó centros de trabajo y formó discípulos eminentes, como tal vez ningún otro historiador español lo haya hecho, y muchos de ellos han sido también maestros de todos nosotros, directamente o a través de sus libros, por lo que nuestra deuda hacia don Claudio se multiplica, sin que con ello padezca lo más importante, que es su obra personal de investigación y divulgación. Recuerdo ahora, en España, figuras tales como José María

¹ En el tomo LI del *Anuario* (Madrid, 1982) se puede hallar una breve historia de esta publicación y los índices completos de los años 1924 a 1981.

Lacarra, Luis García de Valdeavellano, Luis Vázquez de Parga o Carmen Pescador, y, en Argentina, las de María del Carmen Carlé, Hilda Grassotti y otras bien acreditadas. En un cuaderno bibliográfico publicado por el mismo Instituto de Historia de España bonaerense en 1979² se enumeran veinte grandes obras, otras 16 de tamaño medio, con más de 17.000 páginas entre ambos tipos, más 160 artículos monográficos, reeditados frecuentemente en alguna de las anteriores, otra veintena de ensayos amplios y varios centenares de noticias críticas, prólogos, ensayos breves, intervenciones diversas y artículos periodísticos. Y es que don Claudio, que vivió siempre con la exigencia de las normas profesionales —«la Historia no es el documento pero no es sin el documento» recuerda, citándole, una de sus discípulas argentinas— tenía una pluma fluida y elegante como pocas, de modo que leerle es siempre grato.

Fue un renovador de conocimientos, de métodos de trabajo, de puntos de vista en el panorama historiográfico español, sobre todo entre los años veinte y sesenta del siglo, aunque supo mantener su mensaje y difundirlo vigorosamente en los últimos tiempos frente a los que practicaban otras ideologías o mantenían criterios distintos al suyo propio sobre el ser histórico de España. Fue un autor que, además de brillar como gran especialista en una obra inmensa, tenía ideas globales y sugestivas sobre el devenir histórico español, como prácticamente casi ninguno de sus contemporáneos ha demostrado tenerlas, que conjugaba la mejor tradición de la historiografía nacional liberal y positivista, y del institucionalismo iniciado por Eduardo de Hinojosa, con una profundidad de reflexión y una puesta al día sólo comparables con las de su maestro y amigo don Ramón Menéndez Pidal.

A él se debe la renovación completa de los conocimientos sobre la Hispania visigoda y, en especial, sobre los reinos cristianos occidentales hasta mediados del siglo xi. Sobre ellos inició sus investigaciones en 1921 y las continuó hasta poco antes de su fallecimiento, durante más de sesenta años. Sólo puedo recordar aquí algunas de sus obras capitales: *Estampas de la vida en León hace mil años* (Madrid, 1926) fue su discurso de ingreso en la Academia de la Historia, cuando ya había realizado una investigación básica, inédita entonces, acerca de «Historia del reino de Asturias y de sus Instituciones»: sobre aquella base y sobre las investigaciones posteriores surgieron sus grandes obras: *En torno a los orígenes del feudalismo* (Mendoza, 1942), los escritos recogidos posteriormente en sus *Estudios Visigodos* (1971), *El «Stipendium» hispano-godo y los orígenes*

² *Bibliografía de Claudio Sánchez-Albornoz y Menduina*, Instituto de Historia de España. Buenos Aires, 1979, 47 pág. Completada en el volumen LXV-LXVI de *Cuadernos de Historia de España*.

del beneficio prefeudal (1947), *Investigaciones sobre historiografía hispana medieval (siglos VIII al XIII)*, publicada en 1967. *Orígenes de la nación española. Estudios críticos sobre la historia del reino de Asturias* (Oviedo, 1972-1975. Tres vol.). *Vascos y navarros en su temprana historia* (1974). *Sobre la libertad humana en el reino asturleonés hace mil años* (1976). *El régtmen de la tierra en el reino asturleonés hace mil años* (1978). Su magna aportación a la *Historia de España* que dirigiera Menéndez Pidal: *Instituciones, economía, cultura y vida del reino asturleonés* (1981). Y algunas obras y refundiciones últimas: *Orígenes del reino de Pamplona* (1981), *La trayectoria de Navarra, La lucha por la libertad* (1978). *Estudios sobre Galicia en la temprana Edad Media* (1982)... En todas ellas latía el afán, noble y polémico, de enviar un mensaje como historiador para contribuir al esclarecimiento y solución de problemas mucho más actuales que los tratados en aquellos libros.

Pero con ser el gran maestro de nuestros estudios altomedievales, las aportaciones que Sánchez-Albornoz hizo al conocimiento de períodos más amplios, que alcanzan hasta el siglo XIII castellano y leonés, han sido igualmente fundamentales y fuente de polémicas renovadoras, tanto en forma de tesis voluminosa (*Despoblación y repoblación del valle del Duero —1966—*), como de densas y variadas monografías que se han reeditado en diversas colecciones: *Estudios sobre las instituciones medievales españolas* (1965). *Investigaciones y documentos sobre las instituciones hispanas* (1970). *Miscelánea de estudios históricos* (1970). *Del ayer de España Tripticos históricos* (1973). *Viejos y nuevos estudios sobre las instituciones medievales españolas* (dos vol., 1976), e incluso de traducciones que todos hemos manejado, como la del libro de Wladimiro Piskorski, *Las Cortes de Castilla en el periodo de tránsito de la Edad Media a la Moderna* (1930). Deseo destacar ahora la importancia de algunas ideas y temas contenidos en esos libros, especialmente su gran estudio sobre las *behetrias* de Castilla la Vieja, su insistencia, acaso exagerada, sobre la condición libre del campesinado castellano en el tiempo del feudalismo y la servidumbre rural europeas, y la lucidez con que observó cómo el destino y el futuro histórico castellanos y su influencia universal se forjaron en la lucha y en la singularidad de la frontera medieval frente al Islam («The Frontier and Castilian Liberties», en *The New World looks at its History. Part Two: The Medieval Iberian Frontier*. Texas, 1963).

Don Claudio hizo más que nadie por la aproximación entre arabismo y medievalismo, dos especialidades excesivamente lejanas la una de la otra en el mundo universitario español, porque estaba muy interesado por los problemas históricos del Islam de al-Andalus, rival e inspirador de la naciente España europea, y por las formas

de supervivencia de rasgos hispánicos pre-musulmanes. Sin arredrarse ante críticas puntillosas y a menudo injustas nos ha legado una soberbia colección de textos (*La España musulmana, según los autores islamitas y cristianos medievales*, 1946) y reflexiones muy profundas sobre las crónicas (*El Ajbar Maymu'a. Problemas historiográficos que suscita*, 1944), personajes (*Ben Ammar de Sevilla. Una tragedia en la España de los Taifas*, 1972) y situaciones (*El Islam de España y el Occidente*, 1965; *De la Andalucía islámica a la de hoy*, 1983).

Quiso ser, en fin, maestro accesible a todos, en un país cuya incultura histórica, a pesar de todos los esfuerzos, ha sido, y sigue siendo, asombrosa fuente de disparates interpretativos, e incluso de peligros políticos, como no se cansó de avisar en sus últimos años, entre la preocupación y la esperanza por el futuro de España y de su herencia histórica en América. Todavía hoy utilizamos en las universidades sus *Lecturas de Historia de España* (1932), compiladas en colaboración con Aurelio Viñas. Y su monumental *España, un enigma histórico* (1956, dos vol.) es, indudablemente, la reflexión más amplia y completa que se haya escrito sobre nuestra Historia con un punto de vista medieval y castellano, fuente de ideas y de polémicas, pues surgió merced a una de ellas, y pauta para nuevos desarrollos porque, como obra humana que es, también acusa el paso del tiempo sin dejar de ser hito y punto de referencia inevitable para el que quiera saber más y mejor sobre España. Es una obra titánica, llena de razones y de emociones, como escrita por alguien que no es en absoluto ajeno al tema y a la historia de qué trata. Nació «como reacción contra las opiniones de Américo Castro. Porque conocía muy bien el pasado de su país no podía admitir las interpretaciones de su viejo amigo. Porque conocía bien, repetimos, el verdadero proceso de la historia de su patria no podía aceptar que sobre éste pesara una sombría condena basada en la desfiguración del ayer histórico por quien desconociendo el lejano pretérito peninsular anterior a la invasión muslim y todo el trasfondo bélico, institucional, social, económico... de la singular edad media española, se regodeaba entenebreciéndola, presentando a los cristianos como monstruos ignaros y olvidando la magnitud de sus servicios a la Europa medieval y a la moderna» (Carlé-Grassotti). Pero si el acicate para escribir *España, un enigma histórico* fue la polémica, hoy sabemos bien que su alcance es mayor: de Castro quedan muchas sugerencias brillantes, atisbos geniales a veces, en medio de una concepción profundamente unilateral del ser histórico hispano. De Sánchez-Albornoz un monumento, en la obra citada, a la comprensión de nuestro pasado, realizado con la mejor profesionalidad de historiador. Y, así, guardando el respeto debido a los dos, me parece que no es

del caso comparar una y otra obra, salvo para establecer en nuestros días el diálogo que entonces faltó, ni mantener apasionamientos basados en el ensalzamiento ora de Castro ora de Sánchez-Albornoz, porque la validez de ambos libros es tan diferente que no precisa de comentario.

Pero, además, detrás del quehacer histórico hay a menudo una pasión y una esperanza que mantienen vivo el fuego. Es la pasión del saber y la fuerza de la solidaridad y del amor hacia la sociedad, la patria y el presente en que se vive y es la esperanza del ser en libertad. No quisiera terminar sin poner de manifiesto cuánto sintió aquellos impulsos Sánchez-Albornoz: «La historia está ahí —escribe—, detrás de nosotros; en nosotros; como el agua en el río, empujándonos hacia el futuro. Podremos desoír o incumplir sus mensajes, pero con riesgo de la vida de los pueblos y aún de la humanidad.» El dedicó la suya a descifrar sustanciales «mensajes de la historia», «a buscar en el ayer... para intentar captar su misterioso enigma histórico». No lo hizo sólo por mero gusto de erudición, ni siquiera por el noble y humano afán de saber. Entendía que los historiadores, sobre la base de su quehacer profesional, han de contribuir decisivamente a forjar la conciencia histórica de la sociedad en la que viven, puesto que su misión es elaborar «un conocimiento original y autónomo que tiene o debería tener proyecciones fecundas en el devenir de los pueblos y de la humanidad». Comprendía muy bien Sánchez-Albornoz «el enorme desnivel que separa la compleja y difícilísima tarea de escribir historia y los talentos habituales de quienes la realizan», pero nunca renunció a imaginar el campo de la realidad histórica en su conjunto, por muy limitados que fueran los temas de estudio que cada investigación abordase.

Como un campo en el que los hombres están llamados a realizar la «hazaña de la libertad», según la antigua idea hegeliana que Croce recogiera; «Libertad —entendía don Claudio— aquí abajo, bajo el soplo del espíritu de Dios de que hablaba San Pablo, y allá arriba, en la plena libertad del tras mundo». Por eso, me parece, fue historiador, porque entendió con toda claridad que en el enigma de la realización de la libertad en la historia está la clave para conocer el valor mismo de lo humano, de cada hombre y de todos los hombres. Hoy ha vuelto ya una página en el libro de la vida y alcanzado, según su fe, que tantas veces expresó, esa «plena libertad del tras mundo» intuida en este primer capítulo terrenal; así lo ha querido expresar en el colofón de su obra, al elegir como epitafio de su tumba en la catedral de Avila la simple y definitiva frase paulina: *Donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad.*